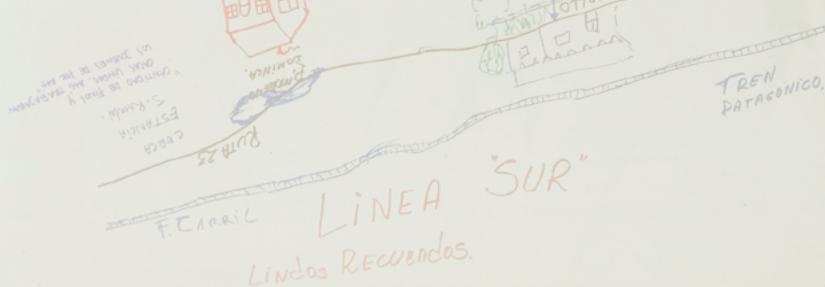


Bariloche



VIAJANDO CON EL RECUERDO

Desplazamientos y Memorias del Campo



MORENO

Dirección de Promoción Social
Secretaría de Desarrollo Humano Integral
Municipalidad de San Carlos de Bariloche

© 2020, Municipalidad de San Carlos de Bariloche

*El desplazamiento a las ciudades
como efecto del genocidio indígena: una aproximación
etnográfica al caso de Bariloche*
PI-UNRN 40-B-637
Universidad Nacional de Río Negro

*“Gestión de los modos de relación entre estado,
sociedad e indígenas en los procesos de construcción
de políticas públicas participativas e interculturales”*
PICT-2018-00671 – PI UNRN 40-B-844
Universidad Nacional de Río Negro

Coordinación: Victoria Iglesias y María Paz Argel
Recopilación, redacción y edición: Victoria Iglesias y María Paz Argel
Diseño editorial: Alejandra Duk
Retratos: Juan Manuel Iglesias

VIAJANDO CON EL RECUERDO

Desplazamientos y Memorias del Campo



Este libro se financia con el aporte de la Universidad Nacional de Río Negro en el marco de la “Convocatoria Acciones Culturales Barriales” de la Subsecretaría de Extensión.

Resolución N°0566 - UNRN

“Gestión de los modos de relación entre estado, sociedad e indígenas en los procesos de construcción de políticas públicas participativas e interculturales”.

PICT-2018-00671 – PI UNRN 40-B-844

PRÓLOGO

Por Samanta Guiñazú¹

El libro *Viajando con el recuerdo. Desplazamientos y memorias del campo* expone y visibiliza el resultado del trabajo desarrollado en el marco de la Mesa de Concertación de Personas Mayores de los Centros de Atención y Articulación Territorial 4 y 5/6. Un trabajo que se ha nutrido de la participación de las mujeres que integran la Mesa, de sus ganas de viajar, de sus ganas de contar dónde nacieron, cuándo nacieron y qué hacían en los diversos lugares atravesados y vivenciados, recreando el itinerario que las trajo hasta Bariloche. Se nutre también de sus ganas de compartir historias que movilizan y relatos que trajeron al presente recuerdos, sensaciones, alegrías y tristezas a un espacio de construcción colectiva. Al mismo tiempo, este libro es resultado de la articulación entre el Municipio, la comprometida práctica de sus trabajadoras, la Universidad Nacional de Río Negro, sus docentes y proyectos de investigación. Las tareas llevadas a cabo desde esta articulación implicaron el diálogo y la búsqueda de intereses y preguntas en común sobre los derroteros de las mujeres que participan de la Mesa, sobre las causas de sus movilidades, sobre los momentos particulares de la historia en la que han tenido lugar, y sobre aquellas preguntas en torno a los múltiples efectos del genocidio indígena en la conformación de nuestra provincia y, específicamente, en la conformación de nuestra ciudad y sus barrios. En este escenario, “participación”, “vinculación”, “articulación”, “coproducción”, “interculturalidad”, son conceptos que han signado el trabajo llevado a cabo durante estos dos años en el marco de la Mesa, materializándose en prácticas concretas como las que este libro revela. En este sentido, se trata de una experiencia de trabajo que, a partir de indagar y buscar conocer en profundidad la historia, la vida y las trayectorias de estas mujeres, comienza a apuntalar primeros pasos en un posible camino para pensar, diseñar y construir políticas de reparación de las relaciones sociales afectadas por los efectos del genocidio indígena.

¹Doctora en Antropología Social por la Universidad de Buenos Aires, Becaria posdoctoral del Instituto de Investigaciones en Diversidad Cultural y Procesos de Cambio (UNRN-CONICET), Docente de la UNRN y Directora del Proyecto de Investigación “Gestión de los modos de relación entre estado, sociedad e indígenas” y del “Grupo Interdisciplinario de Estudios en Políticas Públicas Participativas, Interculturales e Interseccionales” (GIEPPPII).



INTRODUCCIÓN

Este libro propone realizar un viaje en el tiempo para conocer distintos lugares geográficos de la región a través de las memorias y los relatos de mujeres que experimentaron ciertas movilidades y desplazamientos a lo largo de su vida.

Así, en articulación con el Proyecto de Investigación de la Universidad Nacional de Río Negro *“El Desplazamiento a las ciudades como efecto del genocidio indígena. Una aproximación etnográfica al caso de Bariloche”*¹ busca recuperar el proceso de trabajo de un proyecto que -desde el ámbito de la gestión y el académico- se preguntó sobre las trayectorias y experiencias de desplazamientos de mujeres mayores que hoy habitan los barrios populares de la ciudad. ¿Dónde nacieron esas mujeres? ¿Qué motivos hay en sus movilidades? ¿Cómo se explican a sí mismas esas trayectorias? y ¿Qué lugares se conectan en sus memorias en el presente?

Las protagonistas de las historias son integrantes de la Mesa de Concertación de Personas Mayores de los Centros de Atención y Articulación Territorial (CAAT) 4 y 5/6 dependientes de la Dirección de Promoción Social (DPS) de la Municipalidad de San Carlos de Bariloche.



¹ El proyecto fue dirigido por la Dra. Laura Kropff y co-dirigido por la Dra. Valeria Iñigo Carrera



¿QUÉ ES UNA MESA DE CONCERTACIÓN? SUEÑOS Y ESPERANZAS

El trabajo de la DPS busca promover espacios en los cuales las personas puedan establecer o mantener relaciones sociales y afectivas y poner en práctica habilidades existentes o desarrollar nuevas. También pretende favorecer el acceso a los recursos educativos, culturales, espirituales y recreativos de la sociedad, fortaleciendo sus vínculos familiares y promoviendo la inserción en redes formales e informales de la comunidad.

Así, la implementación de programas y proyectos busca habilitar y potenciar al máximo los espacios en los que se pueda ejercer la participación en todos los aspectos: sociales, económicos, políticos y culturales en su comunidad; a través de metodologías participativas que respondan a las necesidades de la población, teniendo en cuenta sus especificidades. Dichos espacios -en tanto estrategias metodológicas- son las Mesas de Concertación. Las mismas se construyen como espacios de diálogo y articulación entre autoridades locales y organizaciones sociales donde se establecen estrategias y propuestas para la creación de políticas públicas que promuevan la recuperación de derechos ciudadanos. Las Mesas de Concertación de Personas Mayores surgen a partir de considerar que, al igual que cualquier miembro de otro grupo etario, las personas mayores pueden potencialmente experimentar su vida en un total estado de bienestar físico, psicológico y social.

En el año 2015 nace la Mesa de Concertación de Personas Mayores de los CAATs 4 y 5/6 conformada por los Centros de Jubilados y Pensionados *Rosa Mosqueta*, *Cumbres Nevadas*, *El Amanecer* del CAAT 5/6 y el Grupo de Personas Mayores *Pirén* del CAAT 4. Este último funciona en la sede del CAAT 4, en la calle Onelli al 2600, mientras que los otros tienen sus propias sedes en los barrios Vuriloche I, Alborada y Nicolás Levalle respectivamente.

Desde su conformación la Mesa ha organizado y desarrollado diferentes actividades y proyectos en los que participaron de forma alternada 132 personas aproximadamente. Durante los años 2018 y 2019, esta Mesa, denominada por sus integrantes *Sueños y Esperanzas*, dio nacimiento al Proyecto *Viajando con el recuerdo* a través del cual se propuso conocer los lugares que se conectan en las memorias, prácticas y experiencias de desplazamiento, buscando compartir los derroteros e historias de vida de las mujeres mayores que participan de la Mesa.



CONTAR DÓNDE NACIMOS

A la hora de darle forma al proyecto se trabajó en grupos con tres preguntas guías:

- ¿Por qué sería importante hablar de nuestros orígenes y sus lugares?
- ¿Para qué queremos contar dónde nacimos?
- ¿Cómo lo vamos a contar y cuándo vamos a viajar?

Ellas respondieron que sería importante recordar sus historias familiares, sus costumbres, la vida en el campo y porque sería como *una guía para viajar con la imaginación*.

Además, para conocer el lugar de origen de cada una de las integrantes del grupo porque esos lugares traen recuerdos a la memoria que hacen bien al corazón. Su propuesta metodológica fue también que en las reuniones cada una cuente y escuche anécdotas de los lugares de nacimiento, lo que van recordando y la diferencia de

cuando estaban allá, cambios que hubieron hasta ahora, la gente, el lugar, etc.

Al momento de pensar las posibilidades de concretar un viaje, dijeron que iban a viajar cuando estén organizadas y logren juntar la plata para pagar el viaje.

En palabras de las protagonistas, este proyecto fue muy importante para que no se pierdan las raíces y las *“buenas costumbres”*. También, para pasear y conocer sus historias y las costumbres de su cultura. Con una sonrisa, Aidé dijo: *“para viajar con el pensamiento, recordar la niñez en el campo, conocernos más y ver la diversidad cultural porque todos somos juntos con una raíz distinta”*.



Créditos PH Paula Yende Ferreyra

TEATRO DOCUMENTAL Y ACTRICES PROTAGONISTAS DE SU VIDA

Como complemento metodológico, el proyecto propuso la participación de mujeres integrantes de la mesa en un taller de teatro documental que tuvo como resultado la puesta en escena de la Obra *Del Campo a la ciudad y otras Memorias*. Dicha obra estuvo protagonizada por cuatro mujeres integrantes de la Mesa; Jobina Paineofilú, Elba Caniú, Aurora Agüero y Delia Fuentes y dirigida por los estudiantes de la Lic. en Arte Dramático y de la Lic. en Letras de la Universidad Nacional de Río Negro, Noelia Morales,

Daniel Calfinao y Susan Barria. El teatro, en tanto herramienta empírica, combinó técnicas propias de las prácticas teatrales con los datos que pusieron en juego las participantes. Estos datos estuvieron vinculados a las trayectorias y experiencias de los desplazamientos a partir del relato de sus historias de vida.



MOVIÉNDONOS PARA RECORDAR

La metodología incluyó también ponerse en movimiento como herramienta de reconocimiento del territorio, sus lugares y habitantes, pero también como una acción que empuja hacia una experiencia subjetiva de volver a ver y traducir las imágenes guardadas en el recuerdo.

Para eso, el Proyecto realizó un viaje grupal con más de 40 personas mayores al pueblo de Comallo. En sus palabras, fue un *“viaje hasta las raíces”, “hasta las vidas en el campo”*, hasta las texturas de infancias de supuesta quietud y soledad, pero en constante movimiento. Comallo fue el lugar posible y elegido por las integrantes de la Mesa, ya que muchas de ellas referencian sus historias con ese lugar.

Además se realizaron caminatas por los barrios de la ciudad para ver el presente y hablar del pasado. En grupo *visitamos* historias por Colonia Suiza, el oeste de la ciudad y el barrio 10 de diciembre, zonas que ellas mencionaron y recordaron en sus relatos.

CONTADAS EN IMÁGENES

Se realizaron entrevistas en profundidad y se mantuvieron conversaciones espontáneas -individuales y grupales- con las participantes y se trabajó con la revisión de archivos fotográficos familiares, que luego fueron presentadas en la Muestra/exposición itinerante *Viajando con el Recuerdo*. La misma se presentó en la Escuela Municipal de Arte *La Llave*, en la Sala Frey del Centro Cívico y en el Salón Común de Usos Múltiples (SCUM) de la ciudad. En dichos espacios se realizaron, además, conversatorios de mujeres mayores y una *“mateada abierta sobre historias del campo”*.





UN VIAJE AL CORAZÓN

El proyecto mantuvo un encuadre metodológico participativo en cada una de las actividades planificadas. El mismo buscó generar las condiciones para que las integrantes de la mesa sientan la confianza y la motivación para remontarse en el tiempo y profundizar en los relatos sobre la movilidad, los lugares de residencia y sus contextos.

Así, las historias de este libro nos llevarán por un recorrido de Norte a Sur, comenzando en Chile y el norte de Argentina, para luego pasar por regiones de la Comarca Andina, sur de la provincia de Río Negro y su límite con Chubut. Continuando con este viaje por recuerdo, las protagonistas nacidas en la llamada “*Línea Sur*” de Río Negro nos invitan a conocer los parajes de Fitahuau, Colitoro, Mamuel Choique, Cerro Negro y Comallo. De ahí, regresamos al Bariloche “de antes” en el que nacieron algunas de las participantes y al que llegaron las

demás mujeres protagonistas de este libro en su juventud.

Lo que sigue a continuación es fruto del trabajo y la resiliencia de grandes mujeres que abrieron su corazón para traer el pasado al presente y hacer de sus historias, una historia compartida que habla de lo que ellas llaman *lugares del corazón*. Estos son, sencillamente, lugares que emocionan, que ponen en palabras historias vividas y sentidas que necesitan ser contadas en el presente.

DESPLAZAMIENTOS
Y MEMORIAS DEL CAMPO

*“Esperando que un mundo
sea desenterrado por el lenguaje,
alguien canta el lugar
en que se forma el silencio.*

*Luego comprobará
que no porque se muestre furioso
existe el mar,
ni tampoco el mundo.*

*Por eso cada palabra
dice lo que dice
y además más
y otra cosa”.*

Alejandra Pizarnik



ELIANA YONES

Nació en Chile en el año 1948 y es una de las tantas participantes de la Mesa que han llegado desde el país vecino. Eli recuerda su infancia viajando desde y hacia Chile, para quedarse finalmente en Bariloche cuando comenzó su adolescencia.

“Nací en Gorbea, provincia de Cautín, Chile, el primero de diciembre de 1948. A la edad de un mes y días me trajeron a Bariloche, esa fue la primera vez. Después volvimos a ir a Chile, volvimos a Bariloche y así, un montón de viajes hacía mi papá, vivía viajando, así que conocimos un montón de lugares y la última vez que llegué a Bariloche ese día cumplía yo trece años y de ahí no nos fuimos más. Somos nueve hermanos, cuatro mayores que yo, yo soy la última Chilena y cuatro menores que yo, que son argentinos. La última vez que llegamos vinimos en lancha a Puerto Pañuelo y de ahí en colectivo, vinimos a la casa de mi tía acá al barrio La Cumbre. Después que mi tía nos prestó la casa, al poquito tiempo había, en el barrio Las Margaritas se llamaba en ese tiempo, en la [calle] Campichuelo, había un chalet para cuidar y ahí nos fuimos. En ese tiempo no había nada, era todo campo y de hecho el Chalet está; para nosotros era un chalet pero ahora quedó chiquito, es una cervecería ahora ahí. Nosotros juntábamos la mosqueta, hacíamos dulce, el michay, las frutillas, manzanas silvestres, maqui, todo también, todo eso sabíamos juntar, era re lindo. Las nalcas, salíamos con mi papá a juntar, las comíamos así, cada vez que salían, en las épocas de las nalcas que era en octubre salíamos con mi papá y todos llevábamos una bolsita con sal. Eso lo íbamos a buscar acá al Cerro Otto en donde están las



“A MÍ ME GUSTA LA VIDA EN EL CAMPO, ES LINDA, SACRIFICADA Y TODO, PERO ES LINDA, ES MEJOR... ES HERMOSA LA VIDA EN EL CAMPO.”

vertientes y cuando estuvimos en Península San Pedro también íbamos, ahí teníamos un lugar. Son muy ricas, para nosotros eran riquísimas las nalcas. Después los otros eran los vigneños que crecen en los árboles de ñires, el Llao Llao le dicen también; con ese, era dulcecito, teníamos que abrirlo que no tenga gusanos. Comíamos de todo, cosas del campo. La achicoria la íbamos a juntar, hacíamos ensalada.

Mi papá hacía... compraba el trigo, compraba bolsas de trigo y hacía café con el trigo y hacía el ñaco, harina tostada. Compraba en el mercado municipal, era lindo, tenía de todo, tenía la frutería, estaba la carnicería, verdulería, panadería, todo, todo era inmenso ese edificio. Estaba ahí la parada

del colectivo, y adentro se tomaba el micro, estaba la cafetería y tenía lindo adentro, que uno podía esperar el colectivo adentro, había sillones, estaban los baños y ahí estaba Ramoncito con el kiosco. Después al lado había, no era un bar, era como un restaurante al paso porque podías pasar a comer, a tomar algo ahí, era muy lindo, nosotros íbamos a hacer las compras.

A mí me gusta la vida en el campo, es linda, sacrificada y todo, pero es linda, es mejor... Es hermosa la vida en el campo”.



ISABEL PAZ

Nació en el año 1946 en la ciudad de Corzuela, ubicada en el centro-oeste de la Provincia del Chaco. En un breve relato, cuenta emocionada los recuerdos de su infancia y los recorridos de su vida.

“Nací en 1946 en Corzuela, Chaco, en el Lote 215, nunca me olvidé de eso. Me acuerdo, tenía un mojón y la chapa, el nombre, lote 215, José Paz, así era. Era un pueblo muy chiquito donde éramos todos Paz [de apellido]. Me emociona hablar de mi lugar, del norte, donde soy, donde nací. Mi familia fue muy buena, muy linda. Tuve una infancia feliz yo. Tengo recuerdos muy lindos de antes.

Mi casa era muy grande, nosotros jugamos y también había una huerta de mi mamá. Mi papá era un hombre muy bueno con nosotros. Él trabajaba con la madera y con el carbón, en el 60 se había fundido, trabajaba con el carbón y bajó mucho el precio, no había recuperación para nada, entonces se quedó así como se dice “en pampa y la vía” y nos mandó a trabajar a Buenos Aires. Me acuerdo que viajamos en tren, tardamos tres días, yo tenía quince años cuando me fui a vivir con mis tías a Ramos Mejía, enseguida llegué y me puse a trabajar. De ahí me fui a San Justo



“ME EMOCIONA HABLAR DE MI LUGAR, DEL NORTE, DONDE SOY,
DONDE NACÍ. MI FAMILIA FUE MUY BUENA, MUY LINDA.
TUVE UNA INFANCIA FELIZ YO.
TENGO RECUERDOS MUY LINDOS DE ANTES”.

a vivir con mis padres que, un tiempo después [de que ella se fuera de Chaco] también se fueron de Corzuela a Buenos Aires a trabajar. Y ahí nos encontramos con Santos, mi esposo. Él estaba a catorce cuadras más. Con él nos casamos y tuve dos hijos. En el 75 nació mi hijo Sebastian y en el 76, principios del 77, nos vinimos a Bariloche. Llegamos un 28 de febrero, nos mandaron un camión para que traigamos

todo, vivimos once años en la madera *El Foyel* justo atrás del ferrocarril que para mí era un desierto y ahí nos quedamos. Después en el 89 conseguimos nuestra casa acá en el barrio Vuriloche. Ese año nos agarró una nevada tan grande, la pasamos lindo también”.



ANTONIA ÁVALOS

Nació el 8 de mayo del año 1940 en Curuzú Cuatiá, provincia de Corrientes. Su historia nos comparte un recuerdo preciso, lleno de detalles sobre su infancia en la zafra de arroz y su juventud hasta llegar a Bariloche.

“Me crié en Pazo de los Libres, me acuerdo que éramos cuatro en la familia, mi mamá, mi papá, un chico que le criamos de diez meses y yo. Y bueno la enseñanza que tuve es todo trabajo, responsabilidad, cumplir con lo que dijiste. Te decían “¿vos no dijiste que ibas a hacer algo?” Porque a lo mejor cuando es chico uno se arrepiente viste. Y no, “vos dijiste o vos ibas hacer, así que decí, hacé o hablá con esa persona”. Desde muy chiquitos, mi mamá me enseñaba a rezar, así es que cuando yo me di cuenta ya sabía rezar, ya sabía algo de Dios, de la virgen María porque somos muy marianos en Corrientes.

Después salíamos a trabajar, cerrábamos la casa, íbamos a la cosecha de arroz y ahí trabajábamos como burros, como negros de sol a sol, trabajos muy pesados. Estuve ahí desde los doce años que entré a trabajar remendando bolsas de arpillera así para hacer las mantas para secar el arroz encima; después ya terminé cociendo bolsas con

orejita y después hombreado o pulseando, cuando a los dieciocho años ya tenía el sueldo de los varones, hasta los veintiuno estuve. Veníamos a casa, abríamos y ¿qué hacemos otra vez? trabajo. A veces hacer ladrillos, a veces carnear animales viste, hacer chorizo y esas cosas y todo hacíamos nosotros, todo. Yo con la edad que tenía andaba ahí con las bolsas juntando bosta de caballo para hacer los ladrillos y no nos daba vergüenza porque era el deber viste, qué se yo, era el trabajo había que hacer y hacíamos.

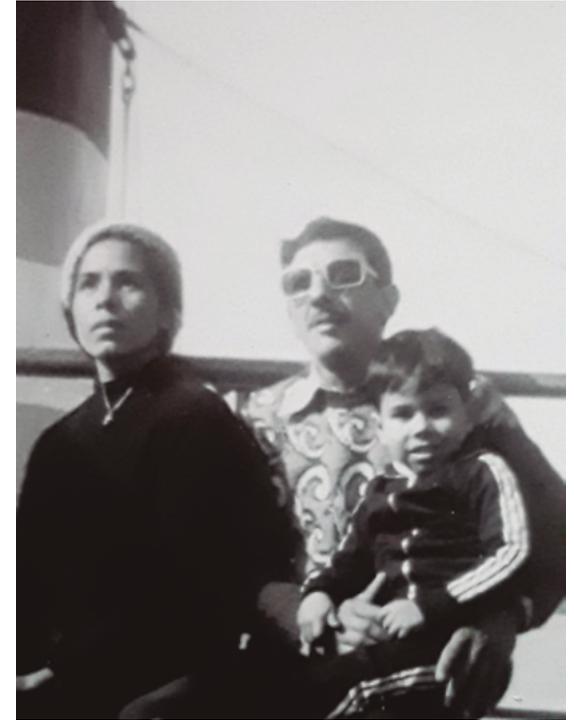
Lo que yo quería mucho, que nunca pude, era ir a los carnavales, hermosos de Pasos de los Libres y nunca me dejaron ir. Vivíamos lejos y tenía que ir y venir caminando. Íbamos a los corsos, mi papá reservaba en un lugar lindo, qué se yo, pero a las dos se terminaba, todo el mundo iba a su club y nosotros a la casa y yo ya tenía veintiún años. Cuando cumplí veintiuno mi papá me dijo: “bueno te doy plata y andá a la casa



de tu tío en Córdoba”. [Se fue] con una carta y volví porque no me hallaba sabés, yo dije “bueno, voy a trabajar, voy a salir, voy a ir bailar”, veinte días estuve con mi hermana cosiendo a máquina porque cosía para la fábrica, porque yo ya había estudiado corte y confección, entonces la ayudé. [Trabaja en] una fábrica muy grande en Córdoba que hacía guardapolvos. La ayudé y después volví porque extrañaba mucho también a mamá, extrañaba a mi mamá, a mi papá, a mí hermanito. Vine y estuve un tiempo más trabajando con ellos. Después ese tío de Córdoba se mudó a Buenos Aires y ahí fuimos. El otro tío vivía ahí y tenía un bar y hacía baile y yo no... viste que uno del campo es medio arisca, yo no quería ir, entonces mi tío me iba a buscar y “no, no” le decía yo, era como que uno siempre estaba pensando en el papá, en la mamá. Yo no pude tener libertad, “ay, hago esto, no”.

Ahí me conocí con mi esposo, al lado de la casa de mi tío, yo ya trabajaba en una fábrica de cartón, enseguida conseguí trabajo, era muy el trabajo. Pero después la señora de mi tío dijo “no, ganas poco, vamos a trabajar a una casa de familia con cama porque ganas más”. Me mandó trabajar, no se si fue porque yo me conocí con él, yo no se pero yo me imagino, por qué me va a llevar de una fábrica a una casa de familia. [Quedaba] en Avenida Callao, cama adentro, horrible porque yo venía del campo, del monto del río y meterte ahí, que no ves ni una cosita verde, ni nada, horrible, y me la aguanté. Gracias a dios mis padres me prepararon bien porque yo me la banqué y no sufrí. Estuve cinco meses, seis, porque después mi esposo fue a trabajar con mi tío para que me sacara de ahí porque él iba a trabajar y bueno, pero yo no quería. Mi idea era venir, trabajar e ir a los carnaval a arreglar en Corrientes pero nunca salí.

A Bariloche vinimos en el año 75, 76, porque vinimos a pasar las fiestas con el hermano de mi esposo que es militar y le dijo: “quedate porque acá necesita un amigo un albañil”. Le dice “por tres meses y es mi amigo quiere la casa, que le haga”. Y bueno, ahí no más ya consiguió otro y otro y otro trabajo y dice “nos quedamos”. Yo no me quería quedar, estábamos en Moreno [provincia de Buenos Aires], teníamos nuestra casa, era hermosa. [El campo de Corrientes] perdí todo porque estaba a mi nombre como única hija y cuando yo ya estaba acá en Bariloche mi papá murió y mi hermano fue, este chico que le criamos, fue a querer reclamar y no, cuando él fue ya estaba todo escrito. Yo no le di un poder, él tiene otro apellido. Perdimos todo, ya está. Mi hermano dijo que era el intendente porque el intendente quería un lugar ahí para pasar ahí con el auto para no dar la vuelta por allá y mi papá ¿qué dijo? “no, si me das otro lugar sí te doy”. Porque mi papá había trabajado, trabajamos con esas personas desde muy chicos y le querían sacar la tierra a mi papá y mi papá dijo “no, nosotros trabajamos la familia entera por este terreno, si me das otro lugar sí te doy”. Pero murió mi papá viste, y fue un viva la pepa”.



“GRACIAS A DIOS MIS PADRES ME PREPARARON BIEN PORQUE YO ME LA BANQUÉ Y NO SUFRÍ”.



ERICA VILLARROEL

Erica nació en el año 1960 en Arroyo Las Minas, *“donde nace el río Chubut”*, un paraje del sudoeste rionegrino que se encuentra a 17 kilómetros de El Maitén y a mitad de camino entre esa localidad chubutense y el municipio de Ñorquinco, en Río Negro. Erica comparte los recuerdos de su experiencia en el campo y las historias que le encantaba oír de su mamá y su abuela.

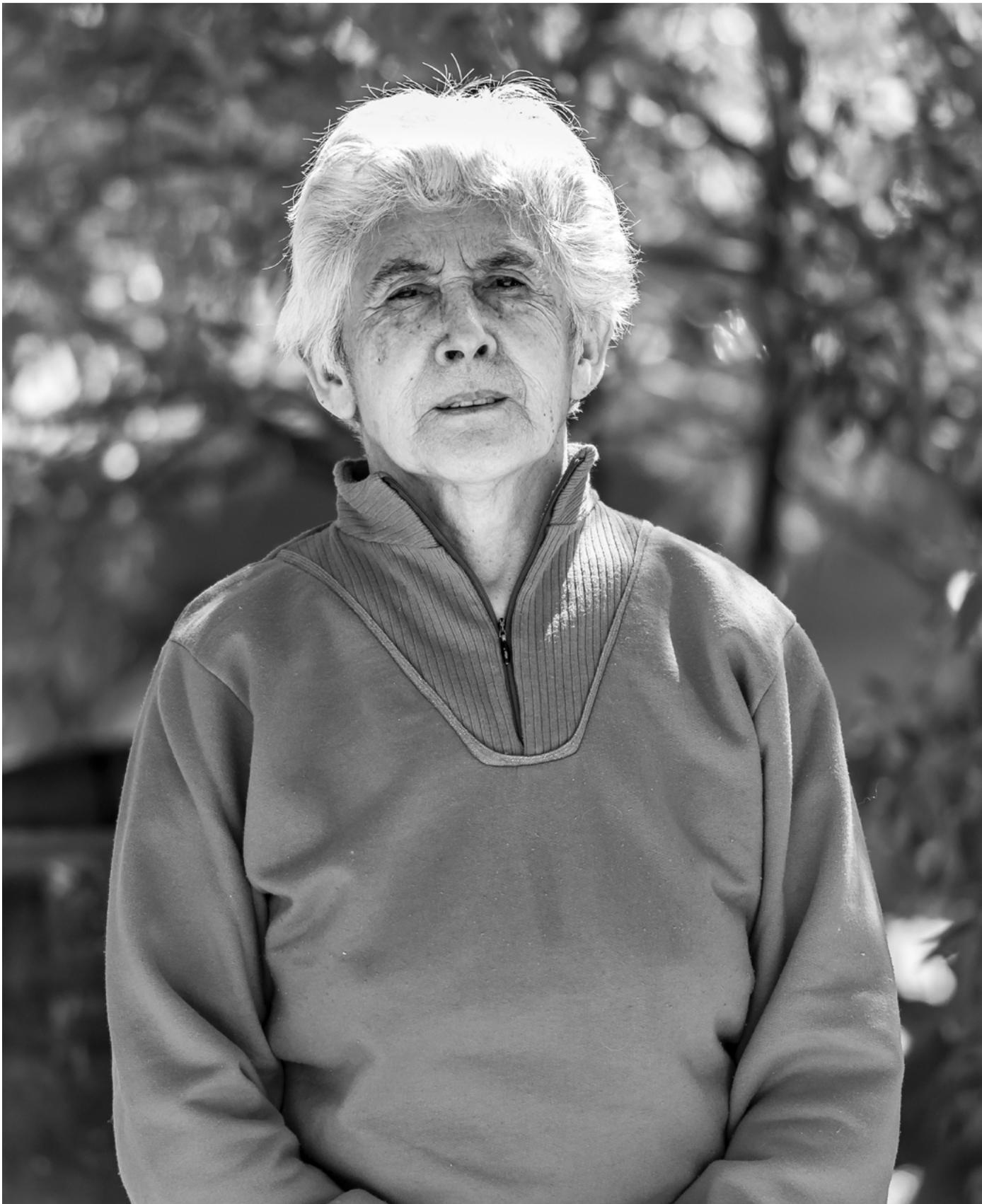
“Nací en Arroyo Las Minas o en Costa Alta del Chubut, le llaman ellos, no sé si será, si existe eso; te voy a mostrar la partida de nacimiento, ahora la pedí en Ñorquinco y me sale todo ahí. Yo estoy asentada en Ñorquinco porque antes vos nacías en el campo pero te llevaban a Ñorquinco donde está el Juzgado de Paz, te robaban años, te robaban meses. Después yo me vine a estudiar al Maitén, me vine a estudiar ahí porque te obligaban a estudiar. Yo me crié con todas esas cosas de mucho campo, sé cómo carnear, cómo marcar, cómo señalar. Mi abuela hacía unas quintas que me mandaba a regar a mí, me acuerdo, un canal grande que venía de la cordillera, así se regaba. Hacíamos sulqui con esa palita, riego para acá, riego para allá y cosechábamos todo, todo. Hacíamos queso, mi abuela hacía queso, ella tenía animales, mi abuela tenía animales. Me acuerdo que yo fui al campo... vimos una luz allá lejos viste, ya se nos hizo tarde en el campo. Dicen que ahí entierran, los indios enterraban las joyas, los oros, porque no había banco. Yo sé cómo se junta el oro, cómo se cuele, cómo se hace, yo viví ahí, entonces dicen que la gente no tenía banco, nada para guardar sus cosas



“YO SÉ CÓMO SE JUNTA EL ORO, CÓMO SE CUELA, CÓMO SE HACE, YO VIVÍ AHÍ, ENTONCES DICEN QUE LA GENTE NO TENÍA BANCO, NADA PARA GUARDAR SUS COSAS ENTONCES LA ENTERRABAN. Y DICEN QUE EL ORO ARDE, TANTO TIEMPO, MUCHOS AÑOS, ARDE. ANTES DE NOSOTROS ESTABAN LOS INDIOS”.

entonces la enterraban. Y dicen que el oro arde, tanto tiempo, muchos años, arde. Antes de nosotros estaban los indios. No sé en qué parte encontramos flechas de verdad eh, hechas por los indios, era una reliquia, yo hasta hace poco tuve flechas, las boleadoras, unas piedras redondas que las hacían los indios. Si antes había puro Techuelche se llamaban, entonces ellos vivían en el campo viste, que era todo tierra de ellos pero como se murieron. ¡Vos no sabés las cosas que me contaban! Y viste que después veíamos las taperas y la gente que ha pasado eso lo cuenta, dicen que son taperas de gente que han muerto y quedan ahí penando, contaban mi mamá, mi abuela sabían contar esas cosas y a mí me encantaba escuchar sus historias”.





MARÍA TRONCOSO

Nació en el año 1947 en El Foyel, a unos 46 km de la ciudad de El Bolsón, provincia de Río Negro. María relata los recuerdos de su niñez, en el campo del Foyel y en el pueblo del Bariloche de 1950.

“Me llamo María Lilia Troncoso y nací en el paraje Foyel, de mamá soltera. Al año probablemente mi mamá habrá pensado ir a trabajar, yo nunca le pregunté por qué se había ido a trabajar, así que me dejó con mi tía y mi abuela, así que me crié ahí con ellas, pero bien. Ahí no nos faltaba nada, comida teníamos de todo, pero igual trabajamos como grandes sí, porque éramos re chiquitas y ya nos levantaban a las seis, nos levantaban para trabajar sí, en invierno y verano era lo mismo. Ponele en invierno era ir ayudar con eso de la lana, y a veces también ayudamos a torcer hilo, y así pasaba el invierno porque ellas tejían poncho, matra, eso para los caballo, las peleras para el verano y bueno pasaba el invierno y venía la primavera ya con las vacas paridas para ordeñar a la mañana, así que otra vez nosotras con el jarrito. Estuve ahí en Foyel hasta los casi ocho años porque primero yo me quedaba porque

ayudaba al abuelo. El abuelo estaba muy mayor y él todos los días iba a trabajar entonces había que acompañarlo. Él estaba todos los días trabajando, con los bueyes, con el arado todo eso y bueno, después terminaba el trabajo y me decía “bueno mi hijita vamo a ir comer”, “bueno abuelo vamo a comer”. Mi abuela probablemente tenía algo de parentesco con la tierra o algo. Era muy buena, partera, y hacía todo, era multifuncional, médica, de todo, hacía muchos remedios caseros y eso era cuando hacían los trabajos de la marcación de la cosecha”.



“Después mi mamá me trajo a Bariloche de ocho años para llevarme a la escuela, estábamos en Onelli y 25 de Mayo y de ahí me iba hasta allá abajo, hasta el Mallín a la [escuela n°] 187. Apenas dos años fui no más a la escuela porque ya después resolvieron ir al campo ellos y ya después no tenía plata. Y bueno por lo menos aprendí a leer y escribir.

En el campo estuvimos viviendo en El Cóndor [la estancia], primero frente al aeropuerto después nos corrieron un poco más allá y fuimos a vivir al lado del río; ahí vivimos quince años al lado del río. Después mi papá se jubiló. Fue una vida re linda vivir ahí, era campo pero para mí era linda, yo me manejaba, iba, venía con los caballos,

ordeñábamos las vacas, iba a comprar, cuando veníamos a comprar traía huevos y vendía los huevos. A veces agarrábamos unos peludos, no sé por qué a la gente le encantaba comer peludo antes, esa gente ¿viste? La gente igual a veces me compraba una mercadería para que llevara y yo le dejaba el peludo. Estaba esa señora, el bar de la gallega que ahora cerró, que era La Cruceta, antes era el Bar La Gallega, ahí se juntaban los que venían, los parroquianos del campo tomaban ahí, la parrillada era en la esquina, ahí hacían baile, en la otra iban a comer, tomaban no más, pero en la otra hacían baile.

Si volviera a nacer me gustaría que fuera en el mismo lugar”.



“SI VOLVIERA A NACER
ME GUSTARÍA QUE FUERA EN EL MISMO LUGAR”.



ÚBEDA CATALÁN

Nació en el año 1938 en Mallín Ahogado, un paraje ubicado a 15 km de El Bolsón, en Río Negro. En el relato, Úbeda recuerda su infancia en el campo junto a su familia y sus años por la ciudad de Buenos Aires.

“Mi nombre es Úbeda Catalán, nací en Mallín Ahogado. Toda la gente tenía animales, mi abuelo era el que más tenía, tenía esa pampa de Mallín Ahogado llena de chivas y ovejas. Mi abuelo materno Mansilla, mi mamá era Mansilla, mi abuelo se llamaba Delfín Mansilla. Ellos creo que venían de Cushamen, de por allá, del Maitén más allá, venían de Cushamen y vinieron a instalarse ahí y explotaron el campo porque eso era puro monte.

Nosotros fuimos ocho hermanos, tres hermanas mujeres y cinco varones. Mi papá era un hombre muy trabajador y venía a trabajar acá al Foyel con la madera, con los rollizos, a bajar madera de la cordillera. Mis papás nacieron del lado del Maitén y de allá vinieron cuando eran jóvenes.

Se sembraba arveja, papa mucho, porque había que guardar la papa para el invierno, hacían los hoyos, que le llamaban chenque, antes, la gente le llamaba chenque, unos

hoyos grandes como de dos metros y ahí le ponía paja para que la papa no se pudra y ahí se echaban las bolsas de papa para que duren para el invierno. Todo se le ponía en la orilla la paja esa del mismo cereal que cosechaban ahí. El trigo después lo embolsaban, todo en bolsa y a veces salían a vender, lo cambiaban por animales, hacían trueque. Salían para el lado de Maitén con carros, con tres carros de bueyes llenos de bolsas de trigo y avena y allá lo cambiaban por animales ellos, porque la gente de allá no sembraba porque no se le daba por la tierra, no se daba bueno y lindo el cereal. Iban por el lado del Maitén, que le llamaban el lugar Río Chico y andaban un mes por lo menos por allá, más también de un mes cuidando los bueyes, porque los

bueyes llevaban los carros. Y la mamá en casa criándonos a nosotros y ordeñaba y hacía queso y hacía manteca y eso, la leche que sobraba le daban a los chanchos. Había leche para tirar para arriba.

Íbamos a la escuela del Mallín Ahogado nosotros, caminando... cuando agarrábamos al caballo íbamos a caballo pero había que corretear toda la mañana para agarrarlo, para ir tres en un caballo, tres hermanos. Y volvíamos a la casa tarde y allá comíamos algo, descansábamos un ratito y ya nos mandaban a buscar leña para arriba para que haya leña en nuestra casa, así que el papá y la mamá nos mandaban a buscar la leña. Teníamos campo, había ovejas, chivas, chanchos, de todo había. Teníamos para sembrar el trigo, el trigo blanco se llama, después estaba el trigo centeno y la avena era para los animales.

Después, cuando fui más grande, yo venía trabajando, a trabajar como empleada doméstica. Así salían todas las chicas, yo fui hasta Buenos Aires a trabajar cama adentro, cuando tenía dieciocho años. Llevaban chicas, muchas chicas llevaban porque había una gente allá, unos turcos, se llamaban los turcos Sfeir y esos se encargaban de llevar chicas a Buenos Aires. Se ve que tenía gente conocida en Buenos Aires y le encargaban a él y él mandaba seis chicas, cinco chicas. Ellos mismos nos iban a dejar al Maitén para que nosotros nos embarquemos en el tren, en la trochita angosta, la trochita y bueno en la trochita iba hasta Jacobacci y ahí lo descargaba al que iba hasta Jacobacci y ahí tomábamos el tren grande, el tren que viene hasta Bariloche, tren pullman que le llamaban. Cuando llegamos a Buenos

Aires nosotros, las seis chicas, nos estaban esperando allá unas hijas de ricas, gente rica viste; allá nos distribuyeron, una para cada casa y nosotras estábamos ahí puertas adentro. No salíamos a ningún lado porque ya íbamos aconsejadas de que no nos vayan a dejar solas, que andemos el día domingo o algo, así que yo me quedaba en mi trabajo. Mi patrona me decía “dormí si quieres dormir la siesta” el día domingo, viste. Lavaba mi ropa, mi zapatillas, unos calores que me volvía loca, tenía una pieza más chiquita que esta y me volvía loca del calor, ¡qué calor que hacía! yo me acuerdo que me levantaba y tiraba agua así arriba de la cama porque era un calor insoportable y eso que tenía la ventanita abierta y todo. Bueno, ahí estuve como dos años trabajando y después me quise venir porque yo quería ver a mi mamá, la extrañaba mucho. Recibía carta de mi mamá y era llanterio porque era joven, muy joven me sacaron del lado de mi madre y a todas las chicas las mandaban a trabajar. Después la señora esa me mandaba a buscar, me mandaba la plata y yo no quise volver. ¡Qué tonta! Porque podría haber vuelto a estar dos años más en Buenos Aires. Me gustó, yo salía con mi patrona, mi patrona me sacaba el día domingo en el auto, salíamos, recorríamos por todos lados, sí. Muy lindo. A mí me gustó porque me trataban bien, gente educada, te saben tratar como persona, nada de dejarte ahí sola el domingo, no. “Prepárate, vamos a darle la vuelta a la manzana”, la vuelta al perro como decía mi patrona. Me llevaba a tomar helado, muy buena era mi patrona”.



“ASÍ SALÍAN TODAS LAS CHICAS, YO FUI HASTA BUENOS AIRES A TRABAJAR CAMA ADENTRO, CUANDO TENÍA DIECIOCHO AÑOS. LLEVABAN CHICAS, MUCHAS CHICAS LLEVABAN...”



MARGARITA CURRUFIL

Margarita es de las más jóvenes de la Mesa. Nació en Mamuel Choique en el año 1956. Nunca quiso contar mucho “mirá que si empiezo a hablar lloro eh porque mi vida fue muy dura, no tuvimos nada nosotros”. Su historia es silencio y emoción.

“Nací en Mamuel Choique, pero no me crié ahí porque a mí me dieron a una familia.

Las casas eran de adobe donde vivía mi finada mamá. El pueblito es campo campo, peladero vivo, es como se dice, el desierto. Allá es así, pelado todo, no hay nada, no hay un árbol nada, es pura arena no más. Así era, chiquito. Pero ahora está más grande ya, hay casas de ladrillos, hay placita. Yo volví, pero a ver a mi mamita, iba siempre, siempre fui mientras ella estaba, yo siempre iba.

Mi mamá tenía caballos en el campo, teníamos animales, mi mamá tenía chivos, ovejas tuvo un tiempo, pero nunca toqué los animales. A mi papá no lo conocí, soy Currufil de mi papá, pero él trabajaba en el campo. Ahí, en Mamuel Choique, ahí está La Trochita que corre, por ahí pasan las vías, por el pueblito. Está Jacobacci, Ojos de Agua, Mamuel Choique, Río Chico. Después está Maitén. ¡Tan linda la Trochita! Me acuerdo. Tenemos que ir, hacer un paseo en la trochita, sería tan lindo”.



“EL PUEBLITO ES CAMPO CAMPO, PELADERO VIVO,
ES COMO SE DICE, EL DESIERTO. ALLÁ ES ASÍ,
PELADO TODO, NO HAY NADA,
NO HAY UN ÁRBOL NADA, ES PURA ARENA NO MÁS.
ASÍ ERA, CHIQUITO”.



NÉLIDA GIMÉNEZ

Nació en el paraje Mamuel Choique, en el Departamento de Ñorquinco, Río Negro, en el año 1954. Nelly comparte algunos recuerdos de su niñez y los distintos lugares por los que fue pasando.

“Vivíamos lejos nosotros en el campo, mi mamá tenía que andar a caballo. Cuando era chiquita, yo no conocí juguete, no conocí ropa nueva. Mi mamá me hacía ropa de harina, de esas bolsas que salían antes, de harina, tela dura. Me hacía vestidos, bombachas. Me hacía medias de lana. Y los zapatos, me hacía de esos de cuero de vaca que encontraba por ahí mi mamá; lo traía, lo remojaba y ahí me hacía un zapatito a mí. Lo pelaba bien viste y lo hacía zapatito. Y después tenía tamango, de cuero de caballo, que moría por ahí, agarraba, sacaba un pedazo. Para caminar en la nieve, no sabes qué calentito que es.

Después nos vinimos a otro pueblito que se llamaba Paso del Medio, era un mallín lindo, había martineta le decíamos nosotros, es parecido a la gallina, y eso comíamos. Cazábamos eso, mi mamá cazaba y hacía comida. ¡Qué rica comida hacía mi mamá! Un poquito de eso y un poquito de que mi mamá siempre tuvo quinta, de toda clase de verdura, tenía mi mamá. Y después liebre, piche. Después, por ahí conseguía una ardillita, que la ardillita no se puede agarrar. Ah, choique también, pero no me gustaba a mí el choique. A veces comían, no agarraban casi. Una vez agarraron un guanaco. Tampoco me gustaban los guanacos”.



“Y CUANDO LLEGUÉ ACÁ A BARILOCHE, YO NO SABÍA LOS DÍAS, NO SABÍA LOS MESES, NO SABÍA NADA... MI CUMPLEAÑOS, NUNCA CONOCÍ UN CUMPLEAÑOS, NI COMO TENÍA QUE FESTEJARLO. DE MAMUEL CHOIQUE NOS VINIMOS EN TREN NOSOTRAS Y ACÁ NOS ESPERABAN EN LA ESTACIÓN”.



“Después mi mamá me mandó a la casa de una señora a trabajar cama adentro, pero esa señora me trataba muy mal. Después me fui a Jacobacci porque no podía estar en la casa de mi mamá porque éramos muchos, doce éramos. En Jacobacci no me gustó lo que hacían mis patrones y salí de ahí. Después me fui al campo y allá en el campo, en Mamuel Choique, trabajé con una maestra, de cocinar en la escuela. Y cuando llegué acá a Bariloche, yo no sabía los días, no sabía los meses, no sabía nada... Mi cumpleaños, nunca conocí un

cumpleaños, ni como tenía que festejarlo. De Mamuel Choique nos vinimos en tren nosotras y acá nos esperaban en la estación. En Bariloche trabajé en Cantegril, cuando era Cantegril, ahora es Bariloche Center. Y después me llevaron a La Rioja, allá me pasé re mal también, la pasé mal. Me llevaron de niñera a que cuide chicos. Y estuvimos como tres, cuatro meses, cinco, y la señora no me dio ni un peso, ni un peso. Y después nos vinimos acá para Bariloche otra vez a trabajar al Bariloche Center”.



UBERLINDA MARÍN

Con 81 años recién cumplidos, Uberlinda relata su niñez y adolescencia en el Paraje Cerro Negro, su lugar de origen y al

que ha intentado volver en la adultez, sin éxito. “Nací en Anecón Grande, dicen ellos [sus padres], pero ahí no había pueblo, el pueblo mío que yo conozco, que nacimos nosotros, es Cerro Negro. A Anecón Grande nunca fuimos a pasear a ese lugar porque mi mamá decía que quedaba lejos. En el campo no se conocía el reloj, nada. Más o menos la hora la decíamos con el sol no más.

Mi papá no comentaba con sus hijos. Nada. Ni con su hija mayor. El hijo preferido era el mayor. Ellos no hablaban con los hijos, el único hijo era el mayor. Las hijas no tenían que opinar nada porque eran mujer. Lo único que tenían que ayudar ahí y casarse. Casarse con un campesino. El hijo mayor tenía derecho a quedarse ahí, pero la hija mayor no tenía que quedarse en el campo. [Un día] los turcos le dijeron a mi papá que le iban a embargar el campo porque debía mucho, tenía mucha deuda en el negocio de los turcos en Comallo. Eso le comentó a mi papá el turco, pero era todo mentira, mirá que el turco nos iba a arrebatarse el campo si estábamos todos nosotros.

“(…) LOS TURCOS LE DIJERON A MI PAPÁ QUE LE IBAN A EMBARGAR EL CAMPO PORQUE DEBÍA MUCHO, TENÍA MUCHA DEUDA EN EL NEGOCIO DE LOS TURCOS EN COMALLO”.

Mi hermana cumplió veintiún años y la mandaron a trabajar a Bariloche. Hacía quehaceres domésticos. Puertas adentro nos tomaban antes. Le enseñaron a armar cama allá, porque nosotros la cama que teníamos le hacíamos una estiradita no más y listo. Y a mí me mandaron a la loma de sabes dónde... ¡a la provincia de Buenos Aires! Tendría veintiún años, veintidós. A Carlos Pellegrini me mandaron a trabajar, porque no quisieron que esté más en el campo... Mi hermano es como que me retiró. Que yo ya me tenía que ir, que no podía estar ahí, ya de veinte años, veintiuno, “que se case, que se vaya”. Y como mi mamá le hacía caso a él... De la casa me mandaron a la Estancia, y de la Estancia el patrón de ahí me mandó





MARTINA CRISTOBAL

Nació en el año 1956 en el paraje Colitoro, ubicado aproximadamente a 100 km al noreste de la ciudad de Jacobacci, en Río Negro. Martina relata sus experiencias en el campo y luego en la ciudad.

“Yo nací en paraje Colitoro, éramos siete hermanos, somos dos mujeres y cinco varones. Después nos vinimos a caballo a Jacobacci. Yo estuve mucho en el campo, aprendí a hilar, tejer. Mi papá trabajaba en el campo y mi mamá vivía en el campo. Mi papá siempre trabajó de puestero y de hilador, se iba por seis meses y ahí traía un poco de plata. En el campo teníamos animales, teníamos chivas, ovejas, caballos. No teníamos calzado, mi hermano nos hacía zapatos de cuero, los cocía él, porque había nieve, mucho frío hacía, mucho frío. Yo me acuerdo que era terrible el frío que sentía. Bueno, con eso andábamos en el campo, con ese cuero, nos hacía la parte de abajo doble y después hasta la rodilla lo cocía todo. Y bueno teníamos muy poca ropa también; mi mamá nos hacía ropa con la tela de harina, con la bolsa. No teníamos nada, pedíamos para comer en el tren.

Estuve muy poco con mis padres, a mi papá casi no lo veía y a mi mamá muy poquito, así que cuando mi mamá se vino al pueblo, nos vinimos todos y cuando llegábamos a Jacobacci ahí empezamos a ir a la escuela, porque en el campo no íbamos a la escuela, así que ahí empezamos. Nosotros teníamos tanto entusiasmo de ir a la escuela a aprender. Creo que en segundo, primer año, ya leíamos. Después

a los once años más o menos mi mamá me puso en una casa a trabajar. Con esa gente yo me crié hasta los trece años, catorce creo y nunca más volví a la casa, siempre estuve con ellos no más, fui a la escuela también un poco con ellos.

Me acuerdo que cuando era chica, allá cuando había una noticia se hacía humo, señal de humo. La primera era cuando se tenían que juntar todos los del campo y cuando ya era grave tenían que ser dos, tres, arriba del cerro, entonces empezaban a comunicarse los vecinos y se venían porque no había otra forma. La cosa es que mi papá llegó, porque mi mamá en una época se fue y nos dejó solos en el campo, entonces mi papá vino. Mi mamá se fue para una declaración de un campo que había ahí donde estábamos nosotros, que habían robado muchos animales, entonces como la única mujer que estaba era mi mamá, se la llevaron a mi mamá, vinieron los policías y se la llevaron a mi mamá, se la llevaron no más. Nos dejaron a nosotros solos, la llevaron a Maquinchao, a Viedma para una declaración. Llevaron mucha gente y mi mamá no volvió más, se puso a trabajar así que nos dejó a nosotros.

Después [a los catorce años] me vine a Bariloche, vinimos en tren. Mi hermano mayor me trajo acá y me crié con él, siempre estuve con él. Me acuerdo que [Bariloche]



era muy nevador y se usaba mucho kerosen y la estufa a kerosen. También se daba petromax, eso mi hermano tuvo. Nosotros estábamos contentos porque siempre teníamos lamparita, teníamos que comprarle la mecha, le echábamos kerosen y listo. Con mi hermano vivimos en la calle Don Bosco y Tiscornia, ahí estuvimos bastante tiempo. Ahí en la 9 de Julio y Gallardo era puro monte, casitas chiquitas de madera.



“...COMO LA ÚNICA MUJER QUE ESTABA ERA MI MAMÁ,
SE LA LLEVARON A MI MAMÁ, VINIERON LOS POLICÍAS
Y SE LA LLEVARON A MI MAMÁ. SE LA LLEVARON NO MÁS.
NOS DEJARON A NOSOTROS SOLOS, LA LLEVARON A MAQUINCHAO,
A VIEDMA PARA UNA DECLARACIÓN”.



JOBINA PAINEFILÚ

La historia de jobina es una historia con muchos movimientos, idas y vueltas, pérdidas y encuentros. Una historia que nos lleva hasta Fitahuau, paraje ubicado a unos 70 kilómetros al norte de Comallo, en una geografía muy irregular que va desde los 750 hasta los 1.200 metros sobre el nivel del mar.

“Nací en Fitahuau en el 1947, soy nacida ahí. Nos criamos en el campo campo, sin conocer más que la familia. Somos dos hermanas. Nací en Fitahuau, que nadie lo podía encontrar el lugar, un paraje. Ahí habremos estado hasta mis tres años, cuatro. Después se cambiaron de ahí, mi tía que es la que tuvo el capital, se cambiaron a otro lugar que se llama Canteras Comallo, a esa parte ella trajo su hacienda, eran gente que tenían mucho capital y mientras que ella estuvo con nosotros estábamos todos bien. Tenía más de 200 ovejas, chivas, todo. Por eso nosotros salimos de ese lugar donde nacimos porque ahí ese campo es feo, es todo coirón, neneo y piedra, no hay mucha cosa. Fitahuau significa “lugar gris muy grande”, pudo haber sido un lugar que nevaba mucho y llovía mucho en esos años atrás entonces tiene ese nombre, Fitahuau. Ahí nacimos nosotras, somos dos hermanas que tenemos el mismo apellido, tengo dos hermanas más que llevan otro apellido, son hermanas por parte de madre. Mi hermana se fue de muy jovencita a Roca porque a ella nunca le gustó el campo, ella estuvo trabajando en la estancia y después ya tenía catorce años, quince, cuando la llevaron a Roca, pasó una señora que necesitaba una persona y chau, listo! Se arreglaron y ahí perdí el rastro de ella por once años, once años que



“... LA GENTE QUE VENÍA DEL CAMPO ERA MUY DISCRIMINADA, PORQUE ÉRAMOS GENTE DEL CAMPO”.



“NOS CRIAMOS EN EL CAMPO CAMPO, SIN CONOCER MÁS QUE LA FAMILIA. SOMOS DOS HERMANAS. NACÍ EN FITAHUAU, QUE NADIE LO PODÍA ENCONTRAR EL LUGAR, UN PARAJE”.

no la vi a mi hermana. Cuando la vi pensé que no era ella, no me acordaba.

Yo me junté con el padre de mis hijos, era muy chica yo y me quedé ahí, tenía catorce años y el papá de mis hijos veintisiete. De ahí yo me separé de él, agarré a mis hijos y me fui, me fui a Jacobacci. Estuve en Jacobacci cinco meses y después, tengo una señora, la madrina de mi hijo, que ella era la que siempre estaba conmigo, donde había un lugar me llama y ella me dijo: *sabés que en Bariloche mi cuñada necesita una persona y yo te recomendé de vos y te recibe con los tres chicos*. ¡Qué mejor! En Jacobacci trabajaba en una casa de familia que cobraba cinco pesos. Acá llegué yo en el 71, en el 70 estuvimos en Cipolletti y a los dos meses me fui, ya no quise saber más nada porque vivíamos ahí en los hornos y yo no quería tener esa vida, ni tampoco quería que mis

chicos la tenga, quería que por lo menos ellos sepan leer y escribir porque yo no sabía nada, nunca fui a la escuela. Cuando nacimos nosotros no conocíamos nada, yo no conocía nada, solamente los animales y los pajaritos, esas cosas. Solamente había la casita de nosotros y no había otra cosa así que era levantarse temprano a ver los animales, a ordeñar, juntar los animales, juntar leña y todas esas cosas.

Cuando vine acá a Bariloche trabajaba en una casa de familia y la señora me decía “*la india*” no más, “*la india*” no más me decía. Me decía “*María*” porque había tenido una empleada que era María y si no me decía “*la india*”, pero yo la dejaba... es que la gente que venía del campo era muy discriminada, porque éramos gente del campo, éramos cortos para hablar, no sabíamos expresarnos, es que teníamos mucha vergüenza”.



ELBA CANIÚ

Nació en el año 1952 en la ciudad de Comallo, una de las principales ciudades de la “Línea Sur”, a 120 km al este de Bariloche, Río Negro. Fue única hija de padre soltero y se crió con él en compañía de su tía materna.

“Soy Elba Caniú, nací en Comallo. Fui única de mi papá. Teníamos huerta, íbamos a la escuela, todo. Yo a los diecinueve recién pude, bah, me pude salir, casi me escapo porque yo quería estudiar, quería hacer algo. Estaba sola y era ama de casa y digo “yo no me voy a casar”. Siempre tuve miedo que mi papá me quiera casar con alguien porque en esa época cuando yo iba a la escuela se casaron dos, tres compañeras, teníamos doce años y yo decía por qué las hacen casar, pero era cosa inocente. Claro, se casaban porque habían quedado embarazada, entonces como era el novio, era el vecino ¡listo! Ahí no más los padres veían “se casa” ¡listo! En esa época yo tenía un miedo que mi papá venga un día y me diga: *bueno, te vas a casar con fulano.*

De Perquenco era mi abuelo y mi papá. Para que no le toque el servicio militar su papá lo llevó a asentar a Chile, para que no haga el servicio militar. Mi papá tendría que haber sido Burgos porque cuando cruzó mi abuelo de Chile, no sé por qué razón se



“YO TENÍA UN MIEDO QUE MI PAPÁ VENGA UN DÍA Y ME DIGA:
BUENO TE VAS A CASAR CON FULANO”.



vino disparado, en esa época qué había, no sé qué era, se peleaban entre argentinos y chilenos, tenían deudas, no sé qué sería. Él agarró y viajó, se vino para acá, pasó por la frontera y antes de pasar encontró un primo que se llamaba Miguel Caniú y le dice: *te voy a cambiar el documento porque yo me voy*. No sé por qué se iba, pero era por algo y él traía un solo un hijo y ese hijo sí se llamaba Burgos. Cuando pasó para acá tuvo como cinco más, todos varones, Caniú. Y yo tengo ese apellido, pero tendría que haber sido Burgos.

Mi papá después acá trabajó, me acuerdo que él contaba, cuando se hizo el hotel Llao Llao, trabajó en el Centro Cívico, cuando se hizo todo eso, era joven. Después trabajó en el ferrocarril, era ferroviario en Comallo.

Yo por suerte después, de grande, me fui de Comallo y estudié para enfermera y me casé”.



LUISA OJEDA

Con sus recientes 83 años, Luisa nos cuenta un poco de su vida y sus movimientos por el Bariloche de los años 40.

“Nací en Bariloche el 25 de septiembre de 1937 en la calle Fagnano al 584. En el año 40 en mi barrio había pocas familias y se conocían todas. Frente a mi casa en donde está gendarmería ahora era un baldío. Mis abuelos que me criaron trabajaban, mi abuela en el hotel en Llao Llao, en el lavadero. Mi abuelo era constructor, trabajó en el armado del hotel Llao Llao y en el Centro Cívico.

Cuando yo tenía quince años nos fuimos al Llao Llao, mi abuela fue como encargada de un chalet, se encargaba de atender a los de la casa, en el invierno por tres meses. El resto del año sembraba en una pequeña quinta, teníamos papas, lechugas, acelga, repollo, arvejas, también frutillas, parrillas, frambuesas y teníamos animales, vacas, gallinas, pavos, patos y vendíamos la leche y los huevos. También se dedicaba a vender telas de barracan, que estaban hechas con lana de oveja y tejidas en telar, eran telas que vendía por metro, para hacer tapados y trajes para damas. Ahí empecé sexto grado en una escuela que hay en la Península de San Pedro.

Estuvimos ahí en Llao Llao más o menos diez años, en el 62 más o menos, cuando volvimos yo empecé a trabajar en una imprenta de tipografía. Estudié taquigrafía, después trabajé de mucama en un hotel y después de empleada doméstica. Ahora soy jubilada y vivo acá, alquilo en el barrio Vuriloche”.



AIDÉ PACHECO

Aidé nació hace 67 años en Bariloche, pero transitó su infancia en el campo de Pichileufu, un paraje del Departamento Pilcaniyeu, en la provincia de Río Negro, y también en Chile.

“Nací en 1953 en Bariloche. Mis padres tenían un campo en Pichileufu donde ahora está INVAP, José Domingo Pacheco y Elsa Torres se llamaban. Mi mamá murió en un accidente en la estancia San Ramón. Tuve seis hermanos, pero fallecieron todos, después papá con el tiempo se volvió a casar y tengo dos hermanastros.

Cuando tenía nueve años, mi papá había conocido a otra mujer y se quería casar; yo no quería que lo haga así que le hacía la vida imposible, le mojaba el colchón, le rompía los vidrios de la Estanciera y le complicaba todo, entonces me mandó a Santiago de Chile a estudiar y a vivir con sus hermanas. Me quedé allí hasta que cumplí veintiún años. Me recibí de perito mercantil, al principio él me mandaba cartas, pero después tampoco me visitó más y a los dieciocho vine a verlo. Cuando se casó le perdí el cariño, para mí fue lo peor que pudo haber hecho y lamentablemente todo lo que le predije se cumplió. Así fue que terminó perdiendo todo el capital que tenía. Cuando me mandaron a Chile, tenía 107 caballos y 389 lanares, estoy segura de eso porque siempre los contaba; papá no sabía leer ni escribir así que juntaba palitos y piedritas para registrar sus animales.

Cada vez que esquilaban, yo era la encargada de entregarles las moneditas a los trabajadores, éramos muy unidos hasta que apareció esa mujer. Mis otros hermanos iban a buscar animales, siempre fueron sacando en lugar de aportar y así quedó en la ruina.

Cuando volví de Chile me reuní con el encargado del campo para informarme del estado económico, ya no quedaba nada. Volví a Chile pensando en quedarme a vivir allí, pero al tiempo mi papá se enfermó gravemente y decidí volver, tenía veintiún años ya.

Apenas llegué empecé a trabajar en el Bariloche Center vendiendo publicidad, ganaba muy poco y había que andar muy elegante cosa que acá no se podía, las veredas nunca fueron para caminarlas con taco aguja. Por medio de una vecina conseguí trabajo en el hotel Pichi Mahuida, ahí conocí a Oscar de Prefectura. Nos casamos y tuvimos cinco hijos, cuando cumplí treinta años quedé viuda, la más grande tenía ocho años y el más chiquitito cuarenta y cinco días.

Entonces empecé a llevar un ritmo de vida agotador, me iba a las seis y media de la mañana de casa a trabajar al hotel Presidente, daba el desayuno y me volvía a las nueve y al rato salía para atender una tienda dos horas y de allí a otro hospedaje. Después empecé a dejar a los chicos en la guardería de la Municipalidad, cuando finalizaba la jornada laboral a las cinco de la tarde los retiraba.

Vivíamos en una pieza muy pequeña, entraban tres cuchetas, un calentador, una cocina a leña chica y una televisor blanco y negro colgado del techo. Y así los crié. No tenía tiempo libre para sentirme mal, no me podía dar ese lujo. A las seis de la mañana me levantaba, ponía a calentar la plancha de hierro en la cocina y les dejaba



los delantales impecables para cuando se levantarán. Tenía un vecino que siempre me daba una mano con mis hijos, los cuidaba un ratito o si hacía falta los acompañaba a la escuela; se llamaba Iván. Cuando se separó se había ido a vivir con su hermana al lado de casa y así fue naciendo el amor. No lo salí a buscar sino que lo tenía muy cerca. Estuvimos treinta y cuatro años juntos y con él tuve otro hijo”.



“CUANDO ME MANDARON A CHILE, TENÍA 107 CABALLOS Y 389 LANARES, ESTOY SEGURA DE ESO PORQUE SIEMPRE LOS CONTABA; PAPÁ NO SABÍA LEER NI ESCRIBIR ASÍ QUE JUNTABA PALITOS Y PIEDRITAS PARA REGISTRAR SUS ANIMALES”.



GLORIA MUÑOZ GOYE

Gloria Muñoz Goye nació en 1948 en Colonia Suiza, ubicada a 25 kilómetros de la ciudad de Bariloche. En el relato Gloria cuenta cómo era su vida, la de su familia y la ciudad hace más de cincuenta años.

“Los primeros Goye llegaron en 1885. Cuando llegó mi abuelo, ahí estaban los tíos de él que habían venido a finales de 1800, en el 85 más o menos. No [había pobladores] ahí estaban unos viejitos, los Huala; después sí, había algunos. La familia Celín también estaba. [Había familias] que después empezaron a trabajar con los que llegaron, entre los que llegaron estaban los tíos de mi mamá que después hicieron aserradero y todo eso. Mi abuelo, cuando llegó, le dieron, como se daba en ese tiempo, tierras fiscales y que la trabajen. Bueno, él tenía toda la parte del cerro. Resulta que después los militares le habían sacado esa parte porque esa parte era todo para hacer maniobras y qué se yo, entonces quedó con toda la franja del lago. Lo expropiaron, le dijeron “usted ya no tiene más nada que ver acá” y mi abuelo tenía quintas y todo”.



“MI ABUELO, CUANDO LLEGÓ, LE DIERON, COMO SE DABA EN ESE TIEMPO, TIERRAS FISCALES Y QUE LA TRABAJEN. BUENO, ÉL TENÍA TODA LA PARTE DEL CERRO. RESULTA QUE DESPUÉS LOS MILITARES LE HABÍAN SACADO ESA PARTE PORQUE ESA PARTE ERA TODO PARA HACER MANIOBRAS Y QUÉ SE YO, ENTONCES QUEDÓ CON TODA LA FRANJA DEL LAGO. LO EXPROPIARON, LE DIJERON: *USTED YA NO TIENE MÁS NADA QUE VER ACÁ* Y MI ABUELO TENÍA QUINTAS Y TODO”.



“Mi papá era capataz, trabajaba cuando hicieron los caminos a pico y pala, los caminos a tronador, meses y meses trabajando. Por donde estábamos nosotros se cosechaba trigo, cebada, avena, pera, manzana, todo tenían. Por Bahía López era, se hacía, por ejemplo, decían “en tal chacra se va a cosechar tal día”, venían todos y se trabajaba ahí viste, y las mujeres preparaban algo de comer. Después se cosechaba en otro lado, o para la siembra, cuando se sembraba iban, sembraban en un lado, después en otro, era todo una comunidad, eso tiene que haber sido en 1930.

Yo tenía cinco años cuando nos vinimos a Bariloche, ya como para la escuela ¿viste? y mi papá ya había comprado en Bariloche

y estaba haciendo la casa ahí en el Mallín. Él cuando fue a comprar ahí ¿viste dónde está la escuela, la escuela del Mallín? bueno, ¡era una laguna, una laguna! pasaban en un botecito ahí y todo el borde caminabas y se movía todo. Le habían ofrecido un terreno, una cuadra más abajo, pero era un mallinal terrible, entonces compró más para Pasaje Gutierrez que era más firme. Ahí vivimos muchos años. Después le salió la oportunidad de comprar una casa justo enfrente de la escuela, la escuela 187 ahí en el Mallín”.



CONCLUSIONES

Este proyecto nació en el deseo de -muchas y diferentes- personas mayores por viajar, porque viajar “*es lo que más les gusta*”.

Así, esas ganas de viajar, de compartir, de conocer, de moverse, dieron forma a un proyecto participativo que descubrió hermosos lugares guardados en las memorias de estas increíbles mujeres y de una manera especial, también unió esas historias individuales para crear una imagen nueva, una que no existía y que es tan necesaria.

Aferrado a la ilusión de poder visitar los lugares en los que nacieron, *Viajando con el recuerdo* nos muestra que los relatos de vida comparten trayectorias comunes vinculadas con la vida en el campo y con experiencias de desplazamientos. Los “*lugares del corazón*” de los que nos hablan, constituyen el espacio donde coexisten múltiples trayectorias.

Ellas nos cuentan cómo desde muy jóvenes “*fuieron y vinieron*” de un lugar a otro, acompañadas o solas, con hijos, con hombres, hermanos, esposos. A veces sin nada, extrañando, llenas de preguntas

y sueños, también deseando. En tren, a caballo, en ferri, en *la Trochita*. Siendo valientes, resilientes, trabajadoras, madres, niñas, mujeres.

Ellas se movieron, nunca en línea recta, tampoco en forma constante y mucho menos de manera circular. Sus desplazamientos fueron múltiples, quebrados, alternados, fueron mapas en construcción donde tuvieron que adaptarse y “*escapar*” para “*seguir adelante*”. Pero ¿que dejaban atrás de cada movimiento? ¿qué las impulsaba hacia adelante?

Los recuerdos de estas mujeres crean así, marcos de interpretación y contextualización más amplios para repensar los efectos de procesos históricos, políticos y económicos particulares que afectaron y condicionaron sus trayectorias. Las emociones en sus contadas obligan a hacernos preguntas importantes sobre esas “*historias tristes*” que eligieron compartir.

¿Además de sus vidas, qué más nos cuentan en sus historias?

Este libro propone a cada lectura, una escucha atenta como un modo particular de atención a la cuestión de los desplazamientos para preguntarnos las veces que haga falta ¿qué hizo que estas mujeres tengan que irse de sus lugares?, ¿a qué lugares llegaron cada vez que se movieron?, ¿pudieron elegir?, ¿cuándo?, ¿qué pasó cuando lo hicieron?, ¿qué procesos se dieron como consecuencia de esos desplazamientos a nivel subjetivo en cada una?

Las respuestas a estos interrogantes pueden ser variadas y puede haber más de una dimensión para cada historia. Sin embargo, en este libro -y desde la articulación del proyecto de la Mesa con el PI UNRN- reflexionamos que el genocidio indígena iniciado con la conquista militar de la Patagonia a fines del siglo XIX cuenta, entre sus efectos, con el desplazamiento a las ciudades de la población que se consideraba menos apta para contratar con el Estado por razones basadas en criterios racistas. En consecuencia, *Viajando con el recuerdo* es una invitación distinta y hermosa a conocer las trayectorias y experiencias de mujeres nacidas en el “*campo campo*” y un primer paso para comenzar a dar respuesta a los interrogantes planteados, principalmente, a aquellos que se preguntan en torno a qué tanto sabemos respecto del daño o

afectación del genocidio indígena en la vida de las personas que fueron objeto de discriminación e incluso de persecución y las relaciones sociales que dicho evento estructuró en nuestra sociedad¹.

De esta manera, esperamos que hayan disfrutado este viaje. Que cada recuerdo, palabra, foto, tristeza y alegría compartida por “*las viejis*”, los y las haya transportado a los lugares donde ellas nacieron, donde vivieron, por donde pasaron, se quedaron y a dónde sueñan volver.

¹ Al respecto de estos temas consultar los libros “La tierra de los otros” y “En el país de nomeacuerdo”.

LISTADO DE LAS PERSONAS MAPEADAS

1	Agüero Aurora Agustina	36	Curapil Juan
2	Campaña Liliana Haydee	37	Dorado Elba
3	Carrasco Marta Nélica	38	Leal Carolina
4	Geréz Orlinda Estela	39	Quinturupay Gabriel
5	Gimenez Nelly	40	Torres Gabriela
6	González Matilde	41	Muñoz Zunilda
7	Mardones Marta	42	Kromer Jorge
8	Marín Ubelinda	43	Troncoso María
9	Navarro Rosa	44	Inalaf Dorotea
10	Pulgar Olga	45	Ojeda Luisa
11	Rodríguez Ana María	46	González Elsa
12	Salazar Cristina	47	Jung María Rosa
13	Sanders Lidia Esther	48	Paz Isabel
14	Currufil Margarita	49	Torres Santos
15	Paleta María	50	Almonacid Mirta
16	Acuipil Marcial	51	Aedo Selma
17	Rodríguez Margarita	52	Ñancufil Tina
18	Escobar Susana	53	Molina Nolfá
19	Pilquiman Elsa	54	Villagra Reginalda
20	Martínez Marina	55	Vivanco María
21	Epul Isabel	56	Guerrero Eva
22	Ubeda Catalán	57	Pérez Orfelinda
23	Soto Clementina	58	Maraboli Marcelina
24	Avalo Antonia	59	Gallardo María
25	Bombare Aurelia	60	Rosas Elvira
26	Velazquez Ivan	61	Morales Vanina
27	Pacheco Aide	62	Mezquita Julián
28	Balmaceda Selva	63	Obregón Zulema
29	Piticar Eliana	64.	Andabur Lucía
30	Ucare José	65.	Cañupan Filomena
31	Vonttrot Nora	66.	Cayupil Eva
32	Salazar María	67	Correa Gallegos Elsa Herminia
33	Mancilla Dina	68.	Curruhual Matilde
34	Muñoz Gloria	69.	Fuente Delia
35	Iturra Cora		

AGRADECIMIENTOS

A Samanta y Laura por el acompañamiento académico durante los dos años de trabajo de campo. Sin su apoyo y opinión profesional no hubiera sido posible la realización de todo este material.

A María de “*La Llave*” por salvarnos con tanta buena onda para que hagamos la primera muestra.

A cada una de las “*Viejis*” por entusiasmarse con las propuestas, darle vida al proyecto y especialmente por haber recordado momentos dolorosos de sus vidas, confiando en que compartirlos alivia esas angustias. Agradecemos también a aquellas que guardaron en silencio sus historias, pero que de igual manera se apropiaron de las actividades, siendo protagonistas de esta memoria colectiva que construyeron entre todas. No alcanzan las palabras para expresar el inmenso afecto que les tenemos.



Esta edición se terminó en el mes de octubre de 2020,
en San Carlos de Bariloche, Río Negro, Argentina.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

VIAJANDO CON EL RECUERDO

Desplazamientos y Memorias del Campo

Viajando con el recuerdo. Desplazamientos y memorias del campo expone y visibiliza el resultado del trabajo desarrollado en el marco de la Mesa de Concertación de Personas Mayores de los Centros de Atención y Articulación Territorial 4 y 5/6 de la Ciudad de San Carlos de Bariloche.

Este trabajo se ha desarrollado gracias a la participación de las mujeres que integran la Mesa y sus ganas de viajar y contar sobre sus orígenes. Dónde y cuándo nacieron, qué hacían; sus experiencias sobre los diversos lugares atravesados y vivenciados, recreando así el itinerario que las trajo hasta esta ciudad.

Se nutre también de sus ganas de compartir historias que movilizan y relatos que trajeron al presente recuerdos, sensaciones, alegrías y tristezas a un espacio de construcción colectiva.

